

FALTA
PAGINA

FALTA
PAGINA

[n.º 1 (13 Jul. 1912)]

3

me encontré, sin pensar en ello, sobre la cima de la *Atalaya* de Elche de la Sierra, cuya elevacion domina por el mediodia á una huerta deliciosa, al oriente abre paso para el reino de Murcia, tiene al norte el rio Segura, y por el poniente se comunica con el resto de la provincia por la sierra de Alcaraz. No era la vez primera que habia escalado aquella eminencia, que reducida á un breve distrito rodeado de otras montañas mas elevadas, contentaba á mis ojos con una perspectiva amena, pero que no escedia los alcances naturales de mi vista. Mas ¡cual sería mi sorpresa cuando apenas fijo ahora las plantas sobre la espaciosa era que corona su cumbre, los montes mas sombríos se me hacían cristalinos, y como si fuesen unos lentes me acercaban los objetos mas distantes! La costa del mediterráneo se me presenta tan inmediata que pudiera tocarla con la mano: oía la voz de los habitantes intermedios: preguntaba, y me respondían: mi vista distinguía los objetos mas menudos; y sin moverme de un punto me hallaba presente á cuantos me sugerían la curiosidad y el deseo. Es fácil concebir cuáles serían los afectos de que se vería tocado mi corazón. Veía á Valencia, Sagunto, Peníscola, Tortosa y Lérida; y en ellas se me representaba la imagen del luto y de la exécracion inconsolable. ¡O sacrificios, oía exclamar entre las ruinas!; Vosotros nos hubierais salvado si hubieseis corrido por mejores manos! Volvia la vista ácia Manresa, la fijaba en Geróna, caía sobre Zaragoza y Molina, llegaba á Madrid, y allí descansaba mi alma sin acertar á separarse de aquellos escombros mas preciosos que los minerales de diamantes y oro purísimo. Mi espíritu, sobrecogido del respeto, quedaba absorto en la dulcísima contemplacion de tales santuarios, en cuyas aras se quemaron los aromas mas agradables y olorosos que jamas penetraron las nubes. ¡Salve, exclamé, salve una y mil veces domicilio del heroísmo! ¡Salve, ó calles santas consagradas con la inocente sangre de las víctimas! ¡Salve augustos cementerios

4
en donde la religion y la patria conservan los despojos de sus invencibles lidiadores! El cielo, que oyó vuestros votos, que enjugó vuestro sudor, que ciñó vuestras sienes con eternos laureles, se digne bendecir las semillas de la libertad que ha prosperado con el riego de vuestra sangre..... Mas iba á decir: pero el sol, émulo de mi dicha, apresuraba su curso, y parece que me arguía de mi tardanza. Quería ver los egércitos, y tendiendo ligeramente la vista, solo tropecé con el del feliz Castaños, el del Cincinato Mina, el del siempre invicto Morillo, en donde vi á Longa y á tantos héroes como eran los guerreros de que se formaban sus filas. Deseaba inspeccionar las provincias, y hallé de ménos poblaciones enteras que desaparecieron á la voracidad de las llamas: vi familias opulentas reducidas á la mendicidad: oí los lamentos del padre que habia perdido sus hijos: de matronas que lloraban su viudedad: de millares de huérfanos que imploraban la providencia del cielo: de artesanos que habian abandonado sus talleres: de labradores que habian desamparado sus hogares dejando sus frutos y ganados en manos del opresor insaciable. Jamas se presentó á mi imaginacion una perspectiva tan cruel como la que veian mis ojos. ¡Infelices! decía yo: sobre vosotros es sobre quien ha recaido todo el furor de la guerra: vosotros sois los verdaderos patriotas. ¡Con que linage de premio podrán ser recompensados vuestros sacrificios! Llorais..... ¡Ah! Llorad; porque el don de examinar el peso de vuestras fatigas no es concedido á quien se ve distante de ellas.

Horrorizado de ver un cuadro que solo presentaba tizonés, escombros, mendicidad y luto, volví mis fatigados ojos al emporio de la libertad española, á la hermosa Cadiz, digo, de donde está desterrado el gemido, el llanto y el pesar. Parece que la alegría está esperando en la muralla para recibir á los viajeros. Al modo que á los antiguos reyes nada se les decia que pudiese entristecerlos, á esta manera ninguna cosa se

trata allí por aquellos patriotas de segundo y tercer orden que pueda turbar aquel dulce placer, cuya fuente parece inestinguible. Todavía no había penetrado en la ciudad, y ya se me presentó un objeto que me hizo olvidar los disgustos pasados. Paseaban la muralla dos caballeros mozaletes, tan sopladitos y flamantes como si acabaran de salir de la tienda. La agilidad con que se manejaban, las carcajadas que daban, y sendos papeles que mutuamente se leían, llamó mi atención, escitándola singularmente cierto sonsonete que pronunciaban á duo diciendo: *caigan, caigan, no se da cuartel, ya van de vencida, botín, botín*. Era preciso que la curiosidad hiciese su efecto, figurándoseme por la parte mas corta que aquellos papeles contenian la relacion de algunas derrotas, de cuyas resultas Bonaparte quedaba con un dogal escorredizo al cuello para ahorcarse del primer alcornoque. Pero no: no son los señoritos gente de esos tratos. Reducíanse á las listas de prosélitos hechos en los cafés y en las provincias, y ciertas victorias caseras conseguidas contra gente desarmada. Cuando leí *cafés* entré en deseos de examinarlos, porque cuentan cosas que merecen verse, á lo ménos por una vez. Pregunté, y debo creer que no tomé bien las señas, porque las casas adonde me dirigieron, estaban rotuladas de letras como puños *Seminario de Propaganda*. Al paso vi la *calle Ancha* y la plaza de S. Antonio. ¡Que gentío! ¡Que mozos tan bellos, tan aseados, tan saludables! Serian dignos de verse un par de regimientos de 1200 plazas cada uno; pero por desgracia no tienen vocacion, y por otra parte harian suma falta en una corte como Cadiz, en que se han hecho de absoluta necesidad los músicos de galería. Todo es allí admirable y encantador: unas cosas llaman á otras, y se pasan las horas como un soplo: para solo leer carteles se necesita una semana. Así sucedió que cuando proyectaba visitar á aquellos sabios, verdaderamente tales: cuando me proponia rendir las mas profundas demostraciones de mi consideracion y



respeto á aquellos padres de la patria que velan por nuestra salud: cuando aspiraba á la dulce satisfaccion de verlos, de oírlos y admirarlos, las sombras de la noche ocuparon el horizonte, dejándome rodeado de tinieblas y de desconsuelo, que solo pudo templar el tiempo en el tranquilo retiro de mi casa.

ANÉCDOTA

TOMADA DE UNA CARTA DE VITORIA DE ÚLTIMOS
DE JUNIO.

Cero y van tres (dice): Ya tenemos otra vez por acá á Pepito Botellas. El bueno del señor pudiera titularse el *rei geógrafo* por los muchos planos que puede haber levantado en los varios viages que ha hecho por su *ínsula*. ; Que descansada habrá quedado la corte! El telégrafo de sus dignos servidores nos anunciaba días ha esta carabana, aunque con la consolatoria de que su ex-magestad venia á entregarse de unos cien batallones que le esperaban en los confines del grande imperio. ;Ola! decíamos, mucha gente es para no atreverse á entrar sino escoltada de la cofradía de renegados. La verdad es, que el tal Pepon viene en la manera que un novio cuando le han dado calabazas por feo y pobre; á saber, murrio, escacharrado, modorro, sin humor para nada, á escepcion de aquellas bagatelitas que se callan por supuestas. En las anteriores peregrinaciones le advertíamos cierta propension á enjuagar la boca con el añejo de Tudela: ahora viene mui mudado, y con un odio tan irreconciliable con el agua, que si sale á paseo, y caen cuatro gotas, *adios realidad*: pica de soleta, y se sopla en confianza en la primera casa que encuentra abierta, no teniendo reparo en pedir una bocada para cortar el sudor. Las otras veces le vimos hacer venias y acatamientos á aquellas señoras, que sobre parecerlo, añadian cierto mérito que hacia recomendables sus personas: ahora viene á rosa



y *velloso*. ¡Terrible perdiguero! Los afrancesados sufren un cordelejo que los hace desear la salida de este pueblo, señaladamente desde que ocurrió el caso siguiente.

Varias personas curiosas de las que se divierten con cualquiera bagatela, solicitaron asistir á la mesa del rei trashumante. No hubo dificultad en permitirles la entrada; pero se descuidaron en la hora, y llegaron cuando estaba mediada la comida. Conforme iban entrando correspondía S. M. con cabezadas á diestro y siniestro, prodigando demostraciones de benevolencia. Observaban lo diligentes que andaban los hispanogalos; contaban las botellas que se despanzurraban; advertían las ojeadas que disparaba ácia donde se hablaba en tiple. Concluida la comida hizo demostracion de levantarse, y para ello se agarró con ámbas manos de la mesa. Pero S. M., á pesar de su filosofía, no contó con que el peso del cuerpo no estaba en razon del que tenía en la cabeza: hizo un esfuerzo, y arrastró ácia sí la mesa: volvió á hacer otro, y la arrastró algo mas, en términos que quedó preso entre la mesa y la silla sin arbitrio para enderezarse. En este estado volvía los ojos á una y otra parte riéndose y meneando la cabeza. Retozaba la risa en el alma de los espectadores: pero miéntras tanto el buen Pepe apenas se podia rebullir, y sudaba á chorros, porque la postura no tenía un pelo de cómoda. Quiso Dios que cruzó por allí uno de los renegados de su servidumbre: echóle la vista encima; y en ademan de pedirle auxilio le dijo con la mayor mansedumbre: *Alon, Mr. Español; alon*. Entónces todos desfilaron repitiendo, *alon, Mr. Español, alon, alon*: espresion que como pronunciada por un rei tan sabio en los últimos dias de su glorioso reinado, ha quedado en proverbio siempre que se echa el ojo á algun afrancesado.

El cuidado filial que S. M. merece á unos españoles que tuvieron el honor de ser los primeros admiradores de su filosofía en el gabinete, y de su teología en el púlpito, ha hecho que seamos unos cuidadosos observadores de los principales sucesos de su marcha real. Es notable su entrada en Salvatierra de Alava, en donde se presentó sin sombrero y sin caballo; esto es, á pie y andando mas que de paso, y con la calva al raso, tal que se pudiera adobar un clavo en ella. Aunque en su tránsito habia repartido á manos llenas el fondo de las felicidades, todavía reservó para estos habitantes la gracia de un saqueo general, inclusa la casa de su alojamiento, que fué egecutado á satisfaccion de aquella almaza filosófico-paternal. Así cuando los papeles del grande imperio den á la posteridad la gloriosa retirada de Pepe, pueden asegurar que su despedida fué tan sentida, que dejaba á los pueblos sumergidos en un amargo llanto.

Su entrada en Francia fué una imitacion de la que hacen los prisioneros fugados que vienen á España, fuera de camino, y por lo mas fragoso del Pirineo. Como si el buen señor tuviera por qué temer, dejó el egército y la carretera; y acompañado de un par de foragidos de su estofa se internó por los montes de Velate, entre Navarra y Guipuzcoa, sin ser observado de otros vivientes que de lobos y cabras monteses, y se coló del otro lado. Adios, señor D. José: memorias á la parienta.

MADRID

IMPRENTA DE D. FRANCISCO DE LA PARTE.

1813.

© Biblioteca Nacional de España